

# La página viva

## La deseosa mirada de Swann

José de la Colina



Marcel Proust

—Y bien —le decía [a la marquesa de Surgis] el señor De Charlus, que pretendía continuar la charla—, le pido que presente mis respetos al pie del retrato de usted. ¿Cómo se halla? ¿Qué es de él?

—Pero —respondió la marquesa—, ¿no sabe usted?, ya no lo tengo; a mi marido no le gustó.

—¿No le gustó!, ¡una de las obras maestras de nuestra época, igual al de la duquesa de Chateau-roux, de Nattier, y que pretendía captar a una no menos majestuosa y asesina diosa! ¡Oh, el cuellecito azul! ¡Ni el mismo Vermeer ha pintado la seda con más maestría; y no lo digamos demasiado alto para que Swann no nos ataque por vengar a su pintor favorito, el maestro de Delft.

La marquesa, dándose la vuelta, dirigió una sonrisa y tendió la mano a Swann, que se había levantado para saludarla. Pero, desde que Swann, al dar la mano a la marquesa y casi sin disimulo —fuese porque su muy avanzada edad lo hubiera aliviado de la voluntad moral por indiferencia a la opinión, o porque

le hubiera quitado el poder físico para la exaltación del deseo, o debilitado los resortes que ayudan a ocultarlo—, vio el pecho de ella muy cerca, desde arriba, y, al hundir una mirada atenta, seria, absorta, casi pensativa, en las profundidades del escote, las aletillas de la nariz, embriagadas por aquel aroma de mujer, le palpitaron como las alas de una mariposa que busca posarse en la flor entrevista. Brusca y repentinamente se arrancó del vértigo que lo había prendido y la misma marquesa, aunque molesta, sofocó un profundo suspiro, pues a veces el deseo es contagioso.

(Marcel Proust, *À la recherche du temps perdu*. Traducción de J. de la C.)

París, finales del siglo XIX, el salón de los Guermantes y tres personajes en medio de otros: el pedante y gran esnob señor de Charlus, el viejo, culto y elegante Swann y la otoñal y hermosa señora de Surgis. Es una página del tomo V (“Sodoma y Gomorra”) del enorme y delicado monstruo narrativo en el que Marcel Proust hizo el retrato global, minucioso y vario de la sociedad parisense finisecular. Se diría un momento de cajita musical con figuritas que giran cada una en torno a la otra al conjuro de la sonata de Vinteuil; pero surge la silenciosa violencia del olfato y la mirada del viejo y aún deseoso *gentleman* judío, Swann (que con el señor de Charlus es uno de los protagonistas de la novela), y el profundo *odore di femina* y el suspiro de la bella dan un latir de vida a las figuras.

Poesía en prosa proustiana. En medio del rumor del salón elegante, y en la charla esnob entre Charlus y la marquesa, el escote de ésta es como un abismo de delicia, y la casi brutal, casi violatoria mirada de Swann, sólo un parpadeo de sensualidad so-

breviviente, se resuelve en la imagen delicada de la mariposa aleteando sobre una flor: una flor que es un busto femenino. Esa imagen es como un microcósmico símbolo de la obra entera: en medio de la comedia social estallan y se desarrollan los momentos del deseo y de sus objetos inalcanzables o perdidos, y cada célula se reproduce y despliega y va engendrando el conjunto. *En busca del tiempo pasado*,<sup>1</sup> aunque dotado de un sencillísimo incipit: “Por mucho tiempo me acosté temprano”, pareciera haber comenzado la narración antes de la primera página y continuarla después de la última, desarrollándose infinitamente de ida y vuelta como una cinta de Moebius, pues todos sus motivos, tanto los principales (la historia “autobiográfica” del Yo narrador, los amores de los protagonistas, la sexualidad y la homosexualidad, los celos, las estructuras y las relaciones de cada grupo social, la memoria involuntaria, la sonata de Vinteuil, el cuadro de Vermeer, etcétera), como los presuntamente secundarios (el seto de espinos, los árboles de Hudismenil, los campanarios de Martinville, la playa de Balbec, los personajes atrás de los protagonistas y los anecdóticos, etcétera), se tornan *leitmotiv* a partir de un episodio dizque trivial y en realidad primordial: la magdalena sopeada en la taza de té. Pero desde el contacto de ese bizcocho con el paladar del narrador crecerá contra el olvido la vasta y melodiosa novela que buscará y desconstruirá y reedificará la enorme y delicada catedral del recuerdo gracias a la magia de una prosa si-

<sup>1</sup> Título más adecuado que el del “tiempo perdido” pues no se trata del tiempo que se desperdicia, sino de un tiempo que pasó, que es la materia temática de la obra.